

SOCIEDAD CIVIL Y REDES DE PODER SOCIAL EN LOS TERRITORIOS NACIONALES DEL SUR: NEUQUÉN, PATAGONIA ARGENTINA, 1880-1907

Susana Bandieri

CONICET/ Universidad Nacional del Comahue, Neuquén

RESUMEN: Con la ocupación militar de las áreas de Chaco y Patagonia se produjo en la década de 1880 una redefinición del espacio nacional argentino donde vastas superficies –conocidas bajo la denominación de Territorios Nacionales- quedaron bajo el control político del poder central. Los incipientes espacios urbanos patagónicos, sobre todo aquellos que fueron asiento de las nuevas autoridades territoriales, como es el caso de Neuquén, sin la tradición católica imperante en las más antiguas provincias argentinas, atrajeron especialmente a los cultores de las ideas del liberalismo laicista de la época, como es el caso de la masonería, garantizando su exitosa mediación entre la sociedad civil y el poder. Las logias tuvieron así un notable desarrollo en los territorios del sur, incidiendo en la política y en el espacio público local al ritmo de los cambios que simultáneamente se producían en el orden regional y nacional.

PALABRAS CLAVE: Patagonia argentina, Neuquén, espacio público, poder, formas asociativas, masonería.

ABSTRACT: As far as the military campaign in Chaco and Patagonia was developed during '80 of XIX century, a redefinition of the nacional territory took place. Those areas had been called "Territorios Nacionales", ruled by the central administration. In the begining, the little towns an villages where the new local authorities had been settled, had attracted specially to those laymen and peoples who had liberal ideas. That's the case of Neuquén, where the catholic tradition was very light on the contrary as it was in the old provinces that had integrated organicaly the nacional territory since the independence. There, the masonry had an importan significance, mediating in between of power and civil society. That kind of "logias" had a very important development in Patagonia. They had been influencing in local politics, but also in territory an urban plan-

ning, according with dominant liberal ideas followed during those times at regional and national level.

KEY WORDS: Argentine Patagonia, Neuquén, public space, power, asociative forms, masonry.

Introducción

En pleno proceso de consolidación, el Estado nacional argentino concretó, hacia comienzos de la década de 1880, sus pretensiones soberanas sobre los espacios patagónicos hasta entonces dominados por las sociedades indígenas. La creación de los nuevos Territorios Nacionales por ley de 1884, estableciendo una férrea dependencia de la administración central, pareció coronar la exitosa empresa desde lo institucional. Desde lo social, la desaparición física y/o la desestructuración cultural de los pueblos originarios facilitó el surgimiento de una nueva sociedad que poco a poco fue ocupando el espacio regional.

Hoy se sabe que el proceso de penetración estatal en la Patagonia no fue ni tan rápido ni tan exitoso como se creía, dando lugar a variadas formas de resistencia de los sectores subalternos –incluso de las poblaciones indígenas sobrevivientes–, así como a mecanismos de ejercicio del poder social por parte de los notables que, aún en connivencia con las formas ideológicas dominantes, mostraron particularidades interesantes y autonomías relativas que la nueva sociedad en formación permitía. Una de ellas, que trataremos en este trabajo, se relaciona con las formas asociativas, entre las que sobresalen aquellas que permitieron un rápido avance de las prácticas de secularización propias de la modernidad liberal, impuestas entre otras por la masonería, que se apropiaron considerablemente del espacio público local y regional jugando un rol político de significativa importancia.

1. La historia asociativa argentina

La historia asociativa argentina tiene todavía un escaso desarrollo, particularmente en lo referido a una visión de conjunto. De hecho, prevalecen los tratamientos acotados a la sociedad civil porteña (Sabato, 1998; González Bernaldo de Quirós, 2001) y unos pocos análisis comparativos entre ésta y algunas ciudades del interior del país (Di Stefano, Sabato, Romero y Moreno, 2002). En este último caso, el ejemplo de Córdoba es, sin duda, el más significativo (Vagliente y Vidal, 2003; Vagliente, 2004).

Estos análisis coinciden, en general, en mostrar un aumento de la actividad asociativa a partir de la segunda mitad del siglo XIX como producto del fortalecimiento de la sociedad civil que acompañó al proceso de construcción y consolidación del Estado nacional argentino.

Una de las características más significativas de ese cambio radicaría en el aumento de las tendencias secularizadoras que, paulatinamente, fueron cercenando a la Iglesia católica el monopolio de las prácticas asociativas, de

carácter casi siempre filantrópico. No obstante, este proceso, más evidente en la cosmopolita Buenos Aires, parece mostrar resistencias más significativas en ciudades como Córdoba o Salta, donde el peso de las cofradías católicas era notablemente mayor. Según algunos autores, a diferencia de la cada vez más próspera capital porteña donde el espíritu liberal se imponía aceleradamente, los ámbitos de sociabilidad de muchas de las élites provincianas del interior del país seguirían todavía concentrados en la esfera familiar y católica, demorando notablemente su traslado a otros espacios¹.

Una muestra más de estas diferencias es el temprano desarrollo del asociacionismo masón en la capital del país, con una primera manifestación entre los artesanos extranjeros –lo cual contradice el modelo de la masonería europea- y un posterior desplazamiento a las élites (González Bernaldo de Quirós, 2001). En ciudades como Córdoba, en cambio, el crecimiento tardío de la masonería –cuyos primeros registros datan de 1864- parece vincularse más directamente con las dirigencias políticas y el poder socioeconómico (Vagliente, 2005: 3).

Ahora bien, en lo referente al período que se extiende desde 1850 hasta la unificación política producida después de la batalla de Pavón, en el año 1862, Pilar González Bernardo no encuentra en Buenos Aires una relación directa entre la participación en las estructuras masónicas y el acceso al poder, sino que atribuye más directamente lo segundo a la pertenencia a determinada extracción social, aunque se comparta también, eventualmente, el hecho de ser masón. No obstante, aclara que esto último parece haber facilitado tal acceso y, a veces, el ascenso en la carrera política –como puede ser el caso del propio Domingo F. Sarmiento, presidente de la Nación en 1868 y Gran Maestro del Gran Oriente Argentino pocos años después-. De hecho, de lo que no caben dudas, es de las relaciones estrechas que existen entre el asociacionismo masónico y las tendencias liberales de los gobiernos de la época, en especial aquellas vinculadas con la organización de una sociedad más dominada por el laicismo (González Bernaldo de Quirós, 2001: 281-283). Estas redes asociativas jugaron un importante papel a la hora de poner en práctica un proyecto de organización nacional, es decir, habrían hecho de la construcción de la nación el objetivo central de la voluntad de asociarse (Ibidem, 2001: 305), lo cual también parece estar mucho más claro en el caso de Buenos Aires que en el de otros lugares del interior del país donde su desarrollo fue más tardío, como el mencionado ejemplo de Córdoba (Vagliente, 2005: 3). No obstante, la decisión del Supremo Consejo de la República Argentina de otorgar, simultáneamente, en julio de 1860 –seis meses después de la batalla de Cepeda-, un mismo grado masón a un número importante de hombres de la política, entre los que se encontraban el gobernador de Buenos Aires, Bartolomé Mitre, el Presidente

1. En Salta, por ejemplo, en septiembre de 1884, una pastoral del obispo Buenaventura Riso Patrón proclamaba una “guerra santa” contra el laicismo escolar y otras leyes destinadas a secularizar la vida civil de los argentinos; los obispos de Córdoba y Paraná lo siguieron (Corbière, 1998: 254). Para analizar las resistencias en Córdoba, ver Vagliente (2005).

de la Confederación Argentina, Santiago Derqui, y el gobernador de Entre Ríos, Justo J. de Urquiza, no deja de ser muy significativa y seguramente importante a la hora de entender los desenlaces posteriores del proceso político nacional. No debe olvidarse, por otra parte, el rol económico de muchos de sus miembros, comerciantes importantes de Buenos Aires que manejaban las redes de intercambio con el exterior y el interior, razón que está también en la base ideológica del liberalismo nacionalista de Mitre, vencedor de Pavón y conductor indiscutible del recientemente iniciado proceso de unificación nacional.

Siguiendo a la misma autora antes citada, las vinculaciones masónicas resultaron también funcionales para “consolidar una especie de “red nacional” que sirviera de base a la nueva clase dirigente”. De esa manera, “la organización masónica permitía reemplazar el antiguo sistema político fundado en el parentesco y en las solidaridades sociales, que no coincidían forzosamente con el territorio jurisdiccional del nuevo Estado, por alianzas idóneas para la práctica política moderna, tejidas en un nuevo marco territorial”. Muy significativamente, otra vez, la unión de las corrientes disidentes de la masonería porteña coincidió con la unificación nacional de 1862. En ese mismo año, el Supremo Consejo y Gran Oriente de la República Argentina era reconocido internacionalmente como la “única potencia masónica regular” (González Bernaldo de Quirós, 2001: 313). La estructura para montar, de aquí en más, bajo la hegemonía porteña, la red de relaciones necesaria para la conformación de una clase dirigente de carácter nacional, que hasta entonces había impedido la concreción de todo proyecto en esa dirección, estaba en marcha².

Pero, según venimos diciendo, la penetración de una idea de Nación única e indivisible, culturalmente homogénea, propia de la modernidad liberal, que acompañó al proceso de construcción estatal argentino, no prendió por igual y al mismo ritmo en las sociedades del interior, especialmente en las más tradicionales y ligadas al pensamiento católico. De allí que la masonería tenga una presencia mucho menos visible en algunos espacios públicos del interior, al menos en las sociedades más tradicionales, que en el porteño³.

2. En el mensaje para el año 1895-96, el Gran Maestre de la masonería argentina, Rudecindo Roca, hermano de Julio Argentino Roca, quien fuera en dos oportunidades presidente del país, decía: “Entre nosotros, en nuestro Oriente Argentino, hoy la política debe consistir en llevar a nuestros hermanos de valía a los asientos de las municipalidades y de los consejos de educación, a las bancas del legislador nacional y del legislador provincial, a los tribunales de justicia, a la administración pública en general y dondequiera que exista elemento dirigente de la masa y elemento educador, para que nuestra enseñanza penetre en todas partes, en la educación, en la administración y en la política (Rev. Archivorum, T. I, Cuad. 2 y Rev. Ecles. 1905, Bs. As., cit. en Triana, 1958: 219).

3. Esta afirmación no necesariamente resulta válida para el conjunto nacional. La misma Pilar González Bernardo menciona que la masonería se habría introducido tempranamente al Brasil, en 1822, expandiéndose al Uruguay -donde en 1855 se registra la constitución del Supremo Consejo y Gran Oriente de la República Oriental del Uruguay-, penetrando en la Mesopotamia argentina -donde el propio Urquiza habría fomentado especialmente la formación de logias para favorecer la unidad nacional-, y en Buenos Aires (González Bernaldo de Quirós, 2001: 238). Sobre el desarrollo de la masonería en el litoral fluvial, ver Marta Bonaudo (2006).

No obstante, en uno u otro caso, siempre la identidad nacional se vinculaba con la “civilización”, y ésta, al decir de los liberales de la época, se ubicaba en las ciudades. El resto era el “desierto” (entendido en un sentido social, como “vacío de civilización”), al que había que combatir y derrotar por su capacidad intrínseca de generar “barbarie” (léanse caudillos, indios, etc.). Es en estos nuevos espacios, los conquistados “por y para la civilización”, donde las fuerzas laicistas y antirreligiosas se harían sentir con más fuerza, sin provocar grandes resistencias ni conflictos, puesto que simultáneamente daban forma a la nueva sociedad, hipótesis sobre la que avanzaremos en esta presentación.

2. Nuevos espacios, sociedades nuevas

Luego del sometimiento de la sociedad indígena, iniciado con la significativamente llamada “Campaña al Desierto” iniciada por el Gral. Julio A. Roca en 1879, comenzaron a funcionar otros mecanismos complementarios con la finalidad de afirmar y consolidar el sistema de dominación impuesto. Con la ocupación militar de las áreas de Chaco y Patagonia se produjo una redefinición del espacio nacional donde vastas superficies –conocidas bajo la denominación de Territorios Nacionales- quedaron bajo el control político de las autoridades centrales, en condiciones jurídicas muy distintas a las de las tradicionales provincias argentinas⁴. De hecho, se pensaba a estos territorios como “provincias en ciernes” que debían depender tutorialmente de la autoridad central hasta tanto alcanzasen, por simple desarrollo evolutivo, las condiciones de gobernabilidad necesarias como para acceder a los beneficios del sistema federal de gobierno. La negación de los derechos políticos a los habitantes de los Territorios Nacionales, que no podían votar en las elecciones de presidente y vicepresidente de la nación, como tampoco en las de legisladores nacionales o provinciales, ni aspirar a ocupar cargos públicos de esa naturaleza⁵, recién se modificó a fines

4. Por ley N° 1532 del 16 de octubre de 1884 se crearon los Territorios Nacionales de Chaco, Formosa y Misiones en el norte, la Pampa en el área central del país y, en el sur, por división de la Gobernación de la Patagonia, los de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, estableciendo sus superficies, límites, forma de gobierno y administración. Hasta la década de 1950, en que se convirtieron en provincias -con la excepción de Tierra del Fuego que se provincializó en 1990-, los territorios nacionales fueron simples divisiones administrativas carentes de autonomía y absolutamente dependiente del gobierno central (Para más información véase Bandieri, 2005).

5. La falta de representantes en el Congreso Nacional y la negación de los derechos políticos a los habitantes de los Territorios Nacionales -en tanto las únicas elecciones populares previstas por la ley eran las de jueces de paz y concejos municipales cuando las poblaciones superasen los mil habitantes, y escasamente se cumplían- era una muestra más del fuerte control ejercido por el poder central. Esto se agravó con el incumplimiento de las propias disposiciones de la norma en lo referente a la conformación de legislaturas y a la provincialización de los territorios cuando superasen los 30 y 60.000 habitantes, respectivamente. Pese a que éstos, que representaban en conjunto casi la mitad de la superficie correspondiente a la República Argentina, superaron mucho antes tales exigencias de población, estas disposiciones no se cumplieron (Bandieri, 2005).

de la década de 1940, coincidentemente con la significativa ampliación social de la ciudadanía efectuada por el gobierno peronista.

Como parte del incipiente proceso de efectivización de la soberanía en los nuevos territorios, se tornó entonces relevante dotar a la sociedad regional de elementos que permitiesen afirmar su identidad nacional. En esa dirección fueron frecuentes las referencias a la necesidad de “argentinizar” su población. Esto quiere decir, dotar al medio social de referencias ideológicas que le hicieran sentirse parte de una comunidad nacional pensada como culturalmente homogénea. Pero este proceso no fue rápido ni sencillo en la Patagonia, sobre todo en las zonas fronterizas donde la población india, chilena y mestiza era dominante, particularmente en las áreas rurales, significativamente mayoritarias. Aún cuando la liturgia estatal intentaba penetrar, y de hecho lo hacía, especialmente en la celebración de las fiestas patrias, que trascendían el espacio escolar y convocaban a amplios sectores de la comunidad en cada una de las localidades patagónicas, debe necesariamente relativizarse la efectividad de estos esfuerzos de reproducción del modelo argentinizador nacional por cuanto simultáneamente se festejaban otras fechas patrias como las chilenas –18 de septiembre- o la llegada de los galeses al Chubut –28 de julio-.

La precariedad en que se desenvolvía el sistema educativo, sin duda el más efectivo a la hora de pretender “argentinizar” a los territorios, colaboraba con tal situación. La carencia de escuelas, la escasez de maestros, los salarios insuficientes y una permanente situación de indefensión presupuestaria se reflejaban permanentemente en la realidad de los territorios. El cambio social que se pretendía fue lento y no necesariamente efectivo, sobre todo, como ya se dijo, en los ámbitos rurales.

Pero los incipientes espacios urbanos patagónicos -muy escasos por cierto-, sobre todo aquellos que fueron asiento de las nuevas autoridades territoriales, parecieron ofrecer alternativas válidas para consolidar cierto tipo de redes asociativas de carácter laico y liberal cuya inserción en las más tradicionales provincias argentinas parece haber sido, según vimos, bastante más dificultosa, en particular por las variadas resistencias ejercidas por la Iglesia católica⁶. En cambio las nuevas sociedades, portadoras de ideas de modernidad, que de hecho iban ocupando estos ámbitos rudimentarios de la “civilidad”, fueron insertándose en el espacio público local y regional rápidamente y con considerable éxito.

3. Los actores locales de la modernidad liberal

“del taller modesto que se acababa de instalar a las puertas del desierto [...] con el concurso de todos los hermanos, para engrandecerlo y aumentarlo con los hombres de buena voluntad que aspiren a engrosar los fuertes eslabones de esa cadena universal ante la cual se estrellarán

6. Según el historiador masónico Alcibiades Lappas, confirmando lo que sostenemos, la masonería habría tenido un notable desarrollo en los territorios del sur, “donde se extendieron redes político-culturales, secularizadoras y de difusión de valores populares libres de los dogmas religiosos” (“La masonería en la ocupación del desierto”, *Separata de la Revista Histórica* N° 8, Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires, 1981, cit. en Corbière, 1998: 272-273)

los desesperados esfuerzos del oscurantismo, viendo ya traslucir en lontananza, en la cima de la majestuosa Cordillera de los Andes, la silueta de un grandioso templo masón consagrado a la libertad y a la fraternidad de todos los pueblos...”⁷.

Los funcionarios de los nuevos territorios, designados por el Poder Ejecutivo nacional o por el gobernador, fueron, en una abrumadora mayoría, de extracción extra regional, miembros de las fuerzas armadas en las primeras etapas o durante la década de 1930, o civiles de otras provincias argentinas pertenecientes a familias de reconocido prestigio y vinculaciones nacionales, con lo cual la voluntad asociativa, mayormente de carácter liberal, se trasladó rápidamente al espacio público local.

En el caso de Neuquén, ubicado en el norte de la Patagonia, la llegada del ferrocarril a las nacientes del río Negro provocó, en el año 1904 –negocios inmobiliarios mediante–, el traslado de la capital desde la localidad de Chos Malal, ubicada en el interior rural, al vértice más oriental del territorio. Con ello se pretendía cortar los vínculos que la sociedad del interior rural mantenía –y seguiría manteniendo, pese a la medida– con el espacio chileno colindante. El 11 de septiembre de 1904 se inauguró la nueva capital, de aquí en más llamada Neuquén, y, confirmando lo dicho, el 11 de diciembre se propuso la creación del “triángulo básico” de lo que sería, pocos meses después, la primera filial local de la masonería⁸.

Según datos de fines del mismo año, la población total de la nueva capital, ya incrementada por el traslado de la gobernación, era de 722 habitantes (396 de los cuales eran argentinos, 198 chilenos, 47 italianos, 43 españoles, 13 uruguayos, 10 franceses y 17 de otras nacionalidades). La mitad de esta población era analfabeta y el grado de urbanización muy rudimentario (43 propiedades urbanas y 16 rurales). Muy pronto surgieron los pedidos de lotes en la nueva planta urbana (150 solicitudes). No hay dudas de que el cambio de capital y la instalación de la burocracia administrativa, a pocos meses de producirse, ya había modificado las precarias condiciones del caserío de la Confluencia, antiguo lugar de tránsito de troperos y mercachifles –vendedores ambulantes–, incrementándose la cantidad de negocios existentes (4 almacenes de ramos generales, 2 carnicerías, 3 panaderías, 2 verdulerías, 10 despachos de bebidas, 2 peluquerías, 1 botica y 4 fondas para hospedarse).

Como podrá observarse, de la cantidad total de extranjeros, con la sola excepción de los chilenos provenientes de allende los Andes, mayoritariamente

7. Palabras de Eduardo Talero en el acta fundacional de la logia “Obreros Luz del Neuquén”, cit. en Juárez, “Los avatares de la logia neuquina (nota II)”, diario *Río Negro*, 24.10.2004.

8. La información sobre la conformación, miembros y accionar de la logia masónica local ha sido tomada de una serie de cinco notas consecutivas publicadas por Francisco Juárez en el diario *Río Negro*, de Gral. Roca, Pcia. de Río Negro, en octubre de 2004 (<http://www.rionegro.com.ar/arch2004>). Los documentos originales fueron consultados, según consigna el autor, en el Archivo de la Gran Masonería Argentina de la ciudad de Buenos Aires. La posibilidad de continuar este trabajo requerirá, ineludiblemente, de la consulta directa de esos archivos.

de escasos recursos, los inmigrantes españoles e italianos constituían una importante proporción. Para favorecer la entrada de población de estos orígenes, el gobernador Bouquet Roldán nombró en el mismo año de 1904 una Comisión Auxiliar de Inmigración presidida por el español Francisco Bueno (Fernández y Manara, 1992: 40). Lo peculiar del caso en estudio es la relativamente escasa presencia de grupos receptores, con lo cual estos migrantes conformaron en gran medida la sociedad local, transformándose en constructores del nuevo espacio público a la vez que en integrantes de una incipiente élite urbana que constituiría la base de la futura burguesía regional (Fernández y Manara, 1992: 49). En consecuencia, serían también los sujetos políticos participantes en la mayoría de las actividades asociativas que la comunidad en formación facilitaba⁹.

La iniciativa, manejada muy secretamente, de constituir el “triángulo básico” de la primera logia masónica de Neuquén provino de un grupo de iniciados, uno italiano y dos argentinos, los tres militares y miembros de distintas logias del país. Antonio Natalis (o Natoli) que presidió el triángulo, era miembro activo de la logia Primera Argentina, Ireneo Banchs (o Bauchs) de la logia Libertad, y Justo Emegar Urquiza de la logia Esperanza. Ya en la primera ceremonia se procedió a la iniciación del próspero barraquero Augusto Grobly, representante en Neuquén de las conocidas firmas consignatarias de Pedro y Antonio Lanusse de Buenos Aires y de Lanusse y Olacirregui de Bahía Blanca, y se iniciaron los contactos con la central de la capital porteña para conseguir diplomas, vestidos y togas del triángulo, muebles y útiles para el taller, acompañando un dibujo del distintivo que, una vez aprobado, se acuñaría en 25 medallas de plata con numeración correlativa. Las notas estaban dirigidas al Gran Secretario General del Rito Azul, Pedro Grande, miembro de una familia de destacados joyeros del centro porteño, quienes se encargarían además de la confección de las medallas.

En este punto resulta interesante mencionar que el Rito Azul surgió en la Argentina como expresión de la primera gran crisis de la masonería producida entre los años 1902 y 1906. Hasta ese momento, el Gran Oriente y Supremo Consejo para la República Argentina había sido el más importante centro de un centenar de logias distribuidas en todo el país, que para esos años reunían alrededor de 2.000 masones activos. Entre sus miembros se contaban presidentes, ministros, legisladores, oficiales de las fuerzas armadas, catedráticos y escritores, es decir, integrantes de los grupos más representativos de la vida nacional (Mayo, 1988). En el año 1902 un grupo decide separarse y fundar un nuevo Rito –el Rito Azul–, en disidencia con el Rito Escocés Antiguo que representaba la Gran Logia Nacional, aunque también en disconformidad con la renovación de autoridades del año 1902. Pese a la intermediación del “muy ilustre y Poderoso Hermano

9. En el año 1909 se crearon simultáneamente en Neuquén las Asociaciones Española e Italiana de Socorros Mutuos (Fernández y Manara, 1992: 72), transformándose en otra expresión de movilización política permanente.

Teniente General Bartolomé Mitre” la segregación se produjo¹⁰. El nuevo rito, en su constitución, expresaba claramente sus principios. Entre ellos, el de prohibir a sus miembros “transformar sus corporaciones en focos de insurrección contra el orden político del país”, aunque les imponía “el deber de discutir toda idea y proyecto encaminado a facilitar el bienestar del pueblo en general”. Recordaba, asimismo, que los masones estaban “obligados a enseñarse, a ayudarse y protegerse entre sí aún a riesgo de su propia vida” (Mayo, 1988: 8).

Pronto se puso en evidencia en Neuquén la capacidad de estas redes para desarticular decisiones oficiales que pudiesen afectar a los miembros de la logia. En oportunidad del traslado de uno de los dirigentes del triángulo al interior del territorio, un telegrama a Pedro Grande pidiendo “interponer toda clase de influencia ante el Ministro –Richieri- para impedir que el oficial saliera de Neuquén”, obtuvo pronto resultados, lográndose revertir la medida y que el afectado retornara a la capital del territorio.

No obstante, el triángulo “Obreros Luz de Neuquén” se desenvolvía con ciertas dificultades, especialmente provocadas por la frecuente ausencia de sus fundadores. Esto motivó que, a mediados de mayo de 1905, viajara desde Buenos Aires un importante miembro del Rito Azul de la masonería argentina, Alejandro M. Dofour, con el objeto de reorganizar el triángulo y dar impulso a la creación definitiva de la logia local. A esos fines, afilió “cofrades” ya iniciados en otros lugares y estimuló el reclutamiento de “profanos” afines a las ideas de la francmasonería. Asimismo, promovió el ascenso a grado 3º de Augusto Grobly y afilió en grado 1º al italiano Ferruccio Verzeznassi, primer farmacéutico del lugar. Tomó contacto con funcionarios del gobierno de Carlos Bouquet Roldán, logrando que el masón Eduardo Talero, abogado colombiano que por entonces ejercía el cargo de Secretario General de la Gobernación¹¹, decidiera afiliarse a la logia de próxima formación.

El 30 de mayo de 1905 quedó finalmente constituida la logia N° 95, con igual nombre que el triángulo inicial. Dice el acta correspondiente: “Reunidos en

10. El Rito Azul rechazaba el mantenimiento de los altos grados escocistas -4 al 33- de la tradicional logia argentina, postulando en cambio la voluntad de organizarse sobre la base de los tres primeros grados, o grados azules -1º Aprendiz, 2º Compañero y 3º Maestro- únicos considerados “genuinamente masónicos” y reconocidos por la masonería universal (Corbière, 1998: 283-284; Mayo, 1988: 4-6), lo cual eliminaba, a juicio de los disidentes, la excesiva jerarquización en que había caído la filial argentina de la logia.

11. Eduardo Talero era sobrino del presidente colombiano gral. Rafael Nuñez. Sus actividades políticas le valieron el destierro de su país, para evitar el fusilamiento. Abogado de profesión, periodista y poeta por afición, viajó por varios países de América, llegando a ejercer un cargo público en EE.UU. A comienzos del nuevo siglo obtuvo la nacionalidad argentina, siendo designado Secretario de Gobierno del Territorio Nacional de Neuquén por su entonces Gobernador, Carlos Bouquet Roldán, para el período 1903-1906 (Héctor Pérez Morando, “Ochenta y cinco años de la muerte de Eduardo Talero”, diario *Río Negro*, miércoles 19 de octubre de 2005, <http://www.rionegro.com.ar/arch2005>). Se dice que variadas influencias se movieron para tal designación, habida cuenta de que los cargos públicos en los nuevos espacios territorianos eran por entonces muy codiciados. Puede suponerse que su conocida filiación a la masonería guarde alguna relación con ello.

lugar bien cubierto entre la escuadra y el compás, los maestros francmasones que firman al pie, miembros activos y cotizantes del triángulo “Obreros Luz de Neuquén” y deseando levantar un templo a la Verdad y la Justicia, resolvieron erigir en logia regular y perfecta esta triángulo bajo los auspicios de la Gran Orden Argentina del Rito Azul”. Un día después, en una “tenida extraordinaria”, se procedió a la afiliación del “hermano Eduardo Talero del Rito Escocés Antiguo”, quien ejercía el grado 3º de la logia Eureka nº 673 del valle de Blue Fields del Oriente de Nicaragua. Dadas sus importantes funciones en el gobierno neuquino, su incorporación a la logia local fue considerada un verdadero logro, siendo inmediatamente elegido como “Venerable”. El cargo de “Primer Vigilante” fue asignado a José Wallhonrat –de quien se desconocen datos- y el de “Segundo Vigilante” al ya mencionado comerciante Augusto Grobly. Secretario fue Joaquín Grez, también designado “Maestro”, y Tesorero Andrés Imperiale, farmacéutico italiano radicado luego en Junín de los Andes. El “Maestro de Ceremonias” fue Tomás Martínez, empleado, con domicilio en Plaza Huincul, y el “Orador” el ya antes mencionado Ferruccio Verzegnassi. El italiano Domingo Masón, ladrillero, quedó como “Hospitalario”.

En esa misma jornada fue iniciado Alvaro Fernández Bayo -un veterinario militar destacado en San Martín de los Andes-, se designó una comisión pro-templo y se aceptaron los ofrecimientos de Imperiale y Wallhonrat de facilitar un local provisorio para el funcionamiento de la logia y los útiles necesarios, sin cargo alguno. Dofour, al considerar terminada con éxito su tarea reorganizativa, regresó a Buenos Aires, no sin que antes se lo nombrara delegado de la logia “Obreros Luz de Neuquén” ante el Consejo General de Delegados. Talero, el Secretario de la Gobernación, por no poder atender ambas tareas simultáneamente, renunció al cargo de Venerable -siendo reemplazado por Wallhonrat-aunque conservó el de “Maestro Honorario”. También Tomás Martínez dejó su cargo por haber sido designado Juez de Paz en Plaza Huincul.

Simultáneamente, se elevaban a la central del Rito Azul las primeras propuestas de profanos aspirantes a iniciarse: Feliciano Cristina, español, que consigna ser industrial; Benjamín Pluma, italiano, comerciante; Aditardo Osan, argentino, educador; y Aurelio Rodríguez Iturbide, estudiante de medicina, hermano mayor de Emilio, funcionario de la Gobernación y masón de la primera hora. Otras incorporaciones fueron la del conocido médico de la Gobernación, el italiano Julio Pelagatti –más adelante designado Vice-cónsul italiano-, el militar Alfredo Silvestrini y el empleado José Luis Moré Jiménez.

El rápido incremento de los miembros, muchos de ellos iniciados en otros puntos del país, muy pronto se tradujo en diferencias al interior mismo de la logia local. En octubre de 1905, un grupo disidente propuso la afiliación masiva al Rito Argentino y el abandono del Rito Azul. Los miembros de la primera hora, como Verzegnassi e Imperiale, apoyados por Rodríguez Iturbide y Talero se opusieron. Los secesionistas usaron argumentos políticos en contra de la gobernación neuquina y se quedaron con el templo. No obstante, la logia inicial, que expulsó a los disidentes, siguió fortaleciéndose

y aprovechando sus contactos con el gobierno territorial, donde contaba con funcionarios importantes como Talero y Rodríguez Iturbide.

Las incidencias de la logia en la política y en el espacio público local se hicieron cada vez más evidentes, al ritmo de los cambios que simultáneamente se producían en el orden local y nacional. El ascenso de Figueroa Alcorta –cuñado de Bouquet Roldán– al cargo de presidente del país, motivó la renuncia de este último, por entonces Gobernador de Neuquén, para ejercer funciones en Buenos Aires, y de su Secretario General, Eduardo Talero, quien fuera designado funcionario del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Por gestión de la logia, un joven político tucumano, Eduardo Elordi, lo reemplazaría en Neuquén como Secretario, no sin antes renunciar al recientemente logrado cargo de diputado nacional.

El 1° de mayo de 1906, conocida la renuncia del gobernador, la logia neuquina solicitó a su central que incidiera para su reemplazo por el nuevo Secretario de Gobierno, Eduardo Elordi. Mientras el 12 de julio se lo proponía para ingresar como miembro de la logia, el 4 de agosto se lo confirmaba como gobernador interino, secundado por Emilio Rodríguez Iturbide como Secretario de Gobierno. La arquitectura política montada por el gobernador renunciante, con el apoyo de la logia, había resultado todo un éxito. Elordi sería, por cuatro períodos consecutivos (1906-1918), gobernador de Neuquén

El 10 de noviembre de 1905 comenzó a funcionar en la capital del territorio la primera sucursal del Banco de la Nación Argentina. Su tesorero, Fernando Bazo Montero, fue inmediatamente reclutado por la logia, que seguía creciendo en cantidad de miembros y en incidencia política. En el verano del año siguiente, varias notas al Secretario General del Rito Azul, Pedro Grande, le reclamaban hacer valer la influencia de la masonería para cambiar al Juez Letrado del territorio, por entonces Patricio Pardo, a quien se acusaba de “alcohólico empedernido”. Asechado por las denuncias, Pardo renunciaría poco después para ser reemplazado por el masón Miguel Duarte, fundador de una logia pampeana. También se pidió mover influencias por Bazo Montero para que ocupase el cargo de Gerente de la sucursal local del Banco de la Nación. Igual proceder se sostuvo a la hora de pedir se coloque en el cargo directivo de la sucursal local de Correos y Telégrafos a un empleado miembro de la logia, Mateo Echegaray. Asimismo, se solicitaba interceder ante la prensa nacional para bajar el tono de las críticas contra Emilio Rodríguez Iturbide, futuro Secretario de Gobierno de Elordi.

Pese al éxito de la inserción de la logia en la sociedad local, la movilidad de sus integrantes, que frecuentemente eran trasladados por sus funciones militares o de gobierno, era un tema sentido y muchas veces ponía en riesgo la cantidad de siete miembros considerada mínima para funcionar. Ello motivó que se ampliara el radio de influencia reclutándose partidarios en la vecina localidad de General Roca, en el territorio Nacional de Río Negro, y se aumentasen los esfuerzos por iniciar a conocidos miembros de la comunidad local, como el albañil italiano Romano Belli y los comerciantes Francisco Bueno y Pascual Claro.

Para mediados de 1906, la logia neuquina parecía estar en su apogeo. Había logrado influir en la designación del nuevo gobernador y reemplazar a un juez letrado, designar a uno de sus miembros como Gerente de la nueva sucursal del Banco de la Nación y a otro como jefe de la oficina de Correos. Por iniciativa de uno de sus miembros, el Teniente de Ejército Eduardo Gibelli, se aprobó el proyecto de creación de una Biblioteca Popular, primera en Neuquén capital, que abrió sus puertas el 27 de mayo de 1907 bajo el nombre de Biblioteca Rivadavia, ubicada significativamente al lado del templo masón. Esta institución, que se inició con 40 suscriptores y 500 volúmenes –la mayoría donados por el ex-gobernador Bouquet Roldán y el Ministerio de Justicia nacional donde se desempeñaba Talero–, contó desde sus inicios con el apoyo del gobierno del territorio. Su inauguración fue considerada todo un avance “en contra del oscurantismo, que ya va a asentar sus reales construyendo una capilla”.

Efectivamente, la capilla “Nuestra Señora de los Dolores”, primera iglesia católica de Neuquén, se inauguró el 12 de septiembre de 1907 en un espacio donado por una dama de la sociedad local. Justamente a la importante influencia de los grupos masones puede atribuirse la singularidad de que la capital de Neuquén no tuviese, en sus planos iniciales –diseñados por el propio gobernador Bouquet Roldán–, un lugar reservado para ubicación de la iglesia. Es por ello que la nueva capilla se erigió sobre una avenida y no frente a la plaza principal, donde se encontraba el edificio de la gobernación.

Pero 1906 fue también el año del inicio de la crisis y de la fragmentación de la logia local. Nuevas disidencias internas se produjeron en tanto surgía un nuevo triángulo bajo el auspicio del rito escocés, conformado por Benjamín Piuma, Ferruccio Verzegnazzi y José Edelman, separados del grupo inicial, que constituirían luego la logia “La Verdad”. Aunque este tema requiere de mayor investigación, puede suponerse, por una parte, que la escisión local acompañó la fragmentación interna que fue minando, paulatinamente, la dirección e influencia que la masonería argentina detentó hasta fines del último gobierno de Roca en el orden nacional¹². Los partidos políticos, los sindicatos obreros, las asociaciones empresariales, los grupos de interés, fueron reemplazando a las logias como fuentes de mediación entre la sociedad civil y el Estado¹³. De hecho, uno de los nuevos Ritos surgidos en esos años –el Gran Oriente del Rito Argentino–, de estructura típicamente masónica, se comportaba clara-

12. Al poco tiempo de constituirse, el Gran Oriente del Rito Azul se vio envuelto en una profunda crisis, cuyo resultado fueron nuevas divisiones internas. Según Alberto Triana: “En 1904 eran 190 las logias en la Argentina, que formaban el Gran Oriente del Rito Azul, el Gran Oriente del Rito Argentino, el Gran Oriente del Rito Confederado y otros seis grupos más” (Triana, 1958: 189).

13. Según Corbière, hasta 1906, cuando empieza a declinar su poder, la masonería demostró exitosamente en la Argentina cómo influir en la sociedad civil y en el Estado, cambiando las costumbres y secularizando a la sociedad (Corbière, 1998: 280-281).

mente como un partido político¹⁴. En septiembre de 1906, en la inauguración del “Primer Congreso de Librepensamiento”, al que concurrieron la mayoría de las delegaciones masónicas, se expresó la voluntad de organizarse como un partido político nacional¹⁵.

Por otra parte, sería necesario rastrear también, en detalle, los enfrentamientos políticos a nivel local, que seguramente ayudarían a explicar la división. El caso siguiente, así parece indicarlo:

Uno de los cofundadores de la nueva logia en Neuquén fue Abel Chaneton, joven procurador y periodista que había sido oportunamente rechazado para integrarse al primer triángulo “por malos informes obtenidos de su vida profana”, quien tendría luego un importante protagonismo en la política local. Con el tiempo, Chaneton se convirtió en un reconocido crítico de los abusos de poder del gobierno territorial. Recuérdese que, para esos años, la vida política de la capital territorialiana estaba reducida al espacio municipal. A fines de 1905 el gobernador Bouquet Roldán había gestionado la constitución del gobierno municipal, habida cuenta de que la ciudad superaba los mil habitantes exigidos por la ley de Territorios Nacionales, y en marzo del año siguiente se realizaron las elecciones. La experiencia fallida de este primer Concejo Municipal, que perduró con muchas dificultades hasta fines del mismo año, puede atribuirse, entre otras cosas, a desinteligencias con el ejecutivo territorialiano y con la policía que dependía de éste. Un año después, siendo gobernador Elordi, se designó de facto una nueva comisión municipal a cargo de Abel Chaneton. Nuevamente la relación con la policía territorialiana dificultó la gestión y provocó la renuncia del periodista. El escaso poder tributario de la nueva capital, unido a las dificultades para obtener recursos, motivaba que el municipio insistiera con el cobro de tasas a aquellas actividades que se practicaban durante todo el año –faenamiento y abasto de carne, casas de tolerancia y otros espacios de sociabilidad donde se realizaban bailes y fiestas-. La policía, que debía intervenir para corregir irregularidades, frecuentemente se oponía a hacerlo, amparándose en su dependencia de la gobernación. Entre 1911 y 1914, Chaneton fue electo presidente del Concejo Municipal y luego concejal hasta su muerte en 1917.

14. Este Rito, creado en 1904, que adoptó los 33 grados característicos del Rito Escocés, tenía fines marcadamente políticos. Carlos D’Amico, ex-gobernador de la provincia de Buenos Aires, fue designado Vice-Gran Maestro hasta tanto se encontrase una persona de alta gravitación política para ejercer el cargo máximo, que finalmente recayó en el profano Carlos Pellegrini, transformado en Gran Maestro. Sus miembros podían designar candidatos al Congreso Nacional y a los gobiernos municipales y estaban obligados a votar por ellos si no querían ser expulsados y acusados de perjuros y traidores (Mayo, 1988:12). Durante 1905 surgieron, desde el Supremo Consejo y Gran Oriente, entidad madre portadora del escocismo regular, políticas de reconciliación estimuladas por sus nuevos directivos, Agustín Alvarez y, particularmente, su sucesor, Juan Balestra.

15. Estaban allí presentes, Juan Balestra, Gran Maestro encargado del discurso inicial, y otros miembros masones como: Agustín Alvarez, Alejandro Sorondo, Leopoldo Lugones, Alfredo Palacios, David Peña y Carlos D’Amico. El Rito Azul, todavía en disidencia, habría enviado un solo representante, posiblemente Pedro Grande. Pese a los intentos, recién en 1920 se produjo la reinserción del grupo en la logia madre.

Durante su gestión se realizaron importantes obras públicas, incorporándose un impuesto territorial sobre los bienes inmuebles. Pero su labor más reconocida fue la periodística, ejercida desde su semanario *Neuquén*, que lo convirtió en un ferviente defensor de la autonomía municipal, denunciando los abusos del gobierno territorial y de su policía.

Esta prédica alcanzó gran significado durante el año 1916, en oportunidad de producirse una importante fuga de reclusos de la cárcel de Neuquén, ocho de los cuales fueron fusilados cuando intentaban cruzar a Chile, en la tristemente célebre “matanza de Zainuco”, denunciada por Chaneton. Este episodio forma parte constitutiva de la historia política neuquina por cuanto, con relación al mismo, se produjo la muerte por presunto asesinato del periodista. Aun cuando no podemos arriesgar conclusiones en este sentido, sería interesante rastrear posibles vinculaciones entre la anteriormente mencionada división de la logia y estos episodios.

Finalmente, y hasta donde sabemos, por oposición de los grupos católicos del Ejército, enfrentados a los oficiales masónicos –el traslado de Gibelli fue también consecuencia de ello-, la logia neuquina fue declarada “en sueño” en 1907 y desconocemos al momento su historia posterior. Sin embargo, no caben dudas de que estas formas asociativas propias de la modernidad liberal tuvieron un fuerte arraigo en las sociedades nuevas, lo cual les permitió una apropiación considerable del espacio público local y regional, tal y como comprobamos en el caso de Neuquén. Es este el primer avance sobre un tema que, sin duda, aparece como muy ligado al desenvolvimiento político y social de los nuevos territorios donde las sociedades en formación, sin la tradición católica imperante en las más tradicionales provincias argentinas, parecen haber atraído especialmente a los cultores de las ideas del liberalismo laicista de la época, garantizando una mediación por demás exitosa entre la sociedad civil y el poder.

Bibliografía citada

- BANDIERI, Susana (2005). *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BONAUDO, Marta (2006). “La masonería como experiencia societal y su impacto sobre la cultura política (1866-1890)”, ponencia presentada en el 52º Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla.
- CORBIÈRE, Emilio (1998). *La Masonería. Política y sociedades secretas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- DI STÉFANO, Roberto; SABATO, Hilda; ROMERO, Luis Alberto y MORENO, José Luis (2002). *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776 – 1990*. Buenos Aires: GADIS.
- GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar (2001). *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires: FCE.

- LAPPAS, Alcibiades (1981). "La masonería en la ocupación del desierto", Separata de la *Revista Histórica* N° 8, Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires.
- MAYO, Carlos (1988). "La masonería en crisis (1902-1922)", *Conflictos y Procesos de la Historia Argentina Contemporánea*, 5, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- SABATO, Hilda (1998). *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires: Sudamericana.
- TRIANA, Alberto J. (1958). *Masonería. Historia de los Hermanos Tres Puntos*. Buenos Aires, segunda edición.
- VAGLIENTE, Pablo y VIDAL, Gardenia (2003). "Catolicismo y ciudadanía política: notas sobre su desarrollo en Córdoba durante el capitalismo liberal", ponencia presentada en las III Jornadas Religión y Sociedad, CEILL-PIETTE, Buenos Aires.
- VAGLIENTE, Pablo (2004). "La 'explosión' asociativa en Córdoba entre 1850 y 1880: la conformación de su esfera pública". *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, N° 6, CIFYH-UNC, Córdoba.
- VAGLIENTE, Pablo (2005). "El asociativismo comparado: Buenos Aires y Córdoba en la etapa de la explosión asociativa 1850-1890", ponencia presentada a las Segundas Jornadas de Historia e Integración Cultural del Cono Sur, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, Gualeguaychú, Entre Ríos.